





Título de la obra:
Trencilla I y II

Autor:
Norman Botero

Técnica:
Mixta sobre madera

Año:
2003



Ph. D.
GUILLERMO LEÓN
ESCOBAR HERRÁN

*Consultor en el
Pontificio Consejo para los Laicos*
Universidad Gregoriana de Roma
Roma - Italia

CARITAS IN VERITATE

UN ACERCAMIENTO AL PENSAMIENTO DE BENEDICTO XVI





Agradezco la invitación que me ha hecho Monseñor Luis Fernando Rodríguez, Rector de nuestra Universidad Pontificia Bolivariana y los buenos oficios del Decano de la Facultad de Teología el R.P. Diego Marulanda para tratar este tema de los prolegómenos de la Carta Encíclica Caritas in Veritate en el inicio de las festividades con las que se conmemoran los 75 años de la presencia y acción de esta Universidad por todos querida y por lo que ella significa como savia que circula animando con sus estudiantes y egresados la certeza de una Colombia posible fiel a los valores del Cristianismo y al sano espíritu Bolivariano, gestor de derechos y deberes que tutelan la auténtica libertad.

Se unen aquí hoy en esta Aula Máxima generaciones diversas desde quienes ya cumplieron con la tarea de ser testimonio, quienes están prestándolos y de aquellos que se preparan a recibir la antorcha que los hará gestores del futuro animando procesos con el ímpetu del espíritu bolivariano.

No es fácil llegar al corazón de una encíclica y es lógico porque no es un escrito que responda a un afán científico. Una encíclica tiene un propósito de comunicación pastoral, de orientar a los vinculados a la iglesia católica en sus diferentes estamentos y, en algunos casos, se abre mayormente en los destinatarios como cuando se amplía a los "Hombres de Buena Voluntad".

Esto se hace sin renunciar a la realidad de que igualmente una encíclica –sea cual sea– es un instrumento de “Diálogo con el mundo”.

Teniendo en cuenta la prioridad de esos propósitos doctrinales y pastorales se debe aclarar igualmente - y esto es bueno decirlo porque hay quienes suponen que en la esfera de lo religioso no tienen cabida otros conocimientos de lo real-que cada encíclica está respaldada por gran sabiduría no sólo de la persona del Papa que la firma sino la de sus asesores, la de las academias pontificias, la de la intelectualidad católica y la de los muchos pensadores que desde ámbitos científicos y especializados han dado sus contribuciones, han hecho observaciones y han adjuntado aportes que contribuyen en mucho a la claridad y comprensión de los textos.

Esta es una de esas cartas dirigida también “a todos los hombres de buena voluntad”. (Entiéndase por buena voluntad esa disposición que surge del buen pensar y del buen sentir y que se manifiesta en el bien querer ante los prójimos, la naturaleza, la vida y la creación toda. Tradicionalmente, y sobre todo en la lengua castellana –o española si se quiere–, se registra así el saludo de los ángeles al anunciar la realidad del nacimiento de Cristo; modernamente se ha variado a “Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor”).



Preliminares de la carta

El mundo vive una experiencia por demás interesante que se preparaba desde antes que terminara el segundo milenio y comenzara el tercero con el portal de ingreso del Siglo XXI. Ya se preparaba el escenario de la Globalización desde cuando se celebró en Helsinki en los años 1974 – 1975 la reunión cumbre de la “Conferencia para la cooperación y seguridad en Europa”. Por entonces se trataba de detectar cuáles eran los verdaderos problemas que amenazaban al ser humano y ponían en riesgo su supervivencia en el planeta.

Fue esa una reunión importante que realizaba en el mundo de lo civil lo que ya había cumplido la Iglesia Católica con el Concilio Vaticano II en especial con el documento “Gaudium et Spes”, que explicita las tareas de la iglesia en el mundo moderno.

Helsinki trata de corregir el impacto de lo cumplido en la Revolución de 1968 en el ámbito universitario y la aparición de una especial generación de intelectuales que habría de defender y promover el “relativismo”, como forma de percibir la vida y la tarea de los seres humanos en ella.

Se vivía entonces en la plenitud de la “Guerra fría” que era producto del temor, miedo o espanto que se experimentaba con la posibilidad abierta de que estallara una tercera conflagración mundial. Eric Hobsbawm ha escrito sobre el Siglo XX una muy interesante obra que se titula “El Siglo de las ideas asesinas”. (Recuérdese el papel cumplido por Benedicto XV en su propósito de impedir la primera guerra mundial y el desarrollo de la temática de la paz que de sus reflexiones se deducen).

Igualmente es el momento en el cual se valora el pensar de Jacques Attali y de quienes desde los años 80s sosteníamos que no estábamos en “una época de cambios sino en un cambio de época”.

Es la época en la cual las grandes potencias se amenazan pero viven en paz porque han trasladado el escenario de sus confrontaciones ideológicas entre marxismo y capitalismo a los países pobres del tercer mundo. En efecto, Alvin Tofler en el texto “Las guerras del futuro”, informa sobre el gran número de guerras de “bajo perfil” (las que tienen como escenario a los países pobres y donde mueren pobres) que se han cumplido hasta ese momento en el mundo en número de 160; un dato significativo es aquel que en las 2340 semanas desde 1945 a 1990 solo en tres de ellas no hubo guerra).

Pues bien, en ese mundo vive el joven profesor Ratzinger que es perito del Cardenal Frings en las sesiones del Concilio, que es llamado a ocupar la cátedra de teología primero en la Universidad Federico Guillermo de Bonn, luego trasladado a Münster y luego a Regensburg (Ratisbona), para, finalmente, gracias a su amistad con Hans Küng que lo lleva a Friburgo donde padecerá el peso de su fama como teólogo del Concilio y habrá de cargar el peso de su oposición a los corifeos del relativismo. En todos esos años –significativos sobretodo para un Bávaro – vive como buen alemán el éxito de la Economía SOCIAL de Mercado que está en correspondencia con un Estado SOCIAL de Derecho y busca su implementación en un Modelo SOCIAL de desarrollo. Este pensar del nuevo estado, de la nueva economía, es llevado adelante por Konrad Adenauer y Ludwig Erhard. Este experimento socio –político que fue tan importante fue propuesto entonces como la “tercera vía” y fue sostenido tanto por el mundo católico como por el protestante porque tenía un pasado vinculado a la doctrina social de la Iglesia pero animado por testimonios de compromiso concreto como los de Ketteler y Kolping y variados testimonios ejecutados sobre todo por pastores luteranos.

Vivía así Ratzinger una época donde la historia, luego de una gran crisis, trata de encontrar nuevos caminos. Hay que tener en cuenta el impacto de las revoluciones que se sucedieron tras la Cortina de Hierro y el peso de Karol Wojtyła – luego Juan Pablo II – en la liberación de Polonia y en la caída del Muro de Berlín.

En este mundo se mueve Ratzinger. Es una época en donde las ideas buscan quedar plasmadas en realidades. Internamente en el mundo católico se responde a ese rediseño de la realidad del mundo con la realización de los diferentes sínodos de cada continente en donde – ya en la década de los 90 – se hace un diagnóstico de la situación en que discurre la vida de los seres humanos y se pone en juego su futuro. Es el momento en que la Iglesia trata de encontrar los grandes desafíos para poder dar respuestas oportunas a quienes de ella esperan orientación.

En este complejo escenario, de lo que se llama la preparación de la “Globalización”, se produjo una primera e inmediata reacción en Juan Pablo II al anunciar la “Globalización de la Solidaridad” como antídoto a los problemas que ya entonces se insinuaban desde el egoísmo de la “globalización de mercados” con su tendencia lógica a la acumulación de la riqueza, a la pérdida de puestos de trabajo y a la profundización de la pobreza, del hambre y de la exclusión.

Es este uno de los sectores del escenario en que luego Benedicto XVI se propone, tras las encíclicas sobre la caridad (Deus Caritas est) y sobre la esperanza (Spes Salvi) –la de la fe era compromiso ya saldado con la Encíclica Fides et Ratio– desarrollar una posición concreta y realista frente a un mundo que busca el desarrollo y está buscando valores orientadores para encontrarle caminos que sean propicios.



Las claves de lectura

Sería tonto no pensar que las experiencias vividas por una persona no influyan en sus maneras de pensar y de sentir. Ortega y Gasset afirmaba aquello de “Yo soy yo y mi circunstancia”. Hay personas que suponen que un Papa sólo recibe sabiduría en forma de inspiración directa y que no es ese mismo Espíritu Santo el que permite esa forma de inspiración que es vivir a fondo la realidad y poder discernir de ella aprendizajes que marcan y que lo hacen dejando improntas que son fácilmente rastreables.

Sin duda alguna no se va a negar la inspiración del Espíritu como se percibe de la manera tradicional pero tampoco se le pueden colocar a ese mismo Espíritu talanqueras que le impidan influir en la historia y en quienes la lideran de maneras múltiples.

Por ello vamos a tratar de rastrear algunas claves de lectura desde las experiencias personales de Ratzinger como joven, como sacerdote, como perito pontificio, como profesor universitario, como arzobispo y luego como cardenal en Roma vinculado a la Curia y encargado por Juan Pablo II de custodiar el tesoro de la Doctrina Segura y de haber sido junto al Cardenal Roger Etchegaray y al Cardenal Alfonso López Trujillo, al Cardenal Tauran, el gran consejero de ese Pontificado de larga duración que sin duda cambió la historia y colocó otros puntos de referencia que a todos obligan cuando se trata de ver la realidad, de justipreciarla y de diseñar líneas de acción para la humanidad presente.

Por ello es útil indagar en la Carta Encíclica las huellas de todos estos acontecimientos que, percibidos y analizados por un espíritu y una

mente privilegiados, se convierten en aprendizajes que, unidos a la concepción de vida generada desde el Evangelio, y al Magisterio consolidado de la Iglesia en su doctrina, se han plasmado en un documento que ha llegado a tiempo –proactivo se diría hoy–, oportunamente, como se ha venido acostumbrando desde cuando el Concilio Vaticano II.

Primera Clave: el Concilio Vaticano II

No hay duda alguna. Para el Papa, el Concilio Vaticano II fue y ha sido fundamental y en él hunden sus raíces gran cantidad de los documentos posteriores producidos por la Iglesia en todas las dimensiones bien sea la universal así como en las regionales.

Ratzinger viene de ahí, de esa experiencia fundamental en la Historia de la Iglesia que a decir de Juan XXIII habría de traer –al abrir los ventanales– el aire nuevo de la renovación. El “aggiornamento” se decía –la puesta al día–. El joven teólogo tuvo un papel significativo en la asesoría al Cardenal de Colonia –Josef Frings–. Fue allí donde conoció a los grandes asesores y consultores del Concilio como fueron (Hans Küng, Yves Congar, Karl Rahner, Jean Danielou, Schillebeeckx...).

Terminado el Concilio - a diferencia de muchos -el profesor de Baviera sigue con fidelidad unido a las decisiones de esa asamblea no solo en lo teológico, en lo especial de lo litúrgico, sino también - y, de una manera inequívoca, - a la “Gaudium et Spes” tal como Juan Pablo II lo había igualmente reconocido al tratar de “Sollicitudo Rei Socialis”.

Hay quienes al hablar del Vaticano II agotan su conocimiento y su estimación al enunciar como sus únicos y grandes logros la celebración de la misa en lengua vernácula, el oficiar de cara al pueblo o el recorte de los ornamentos protocolarios de los cardenales y los obispos. El Concilio es mucho más –muchísimo más–. Él recoge en un momento privilegiado el tradicional pensar teológico, la herencia de las reflexiones de Teilhard de Chardin en “El Fenómeno Humano”, los planteamientos de la “Nueva Teología” liderada por Jean Daniélou, la reflexión teológica de Yves Congar, de Henri de Lubac, del padre Chenu y la fuerte contribución de pensadores seculares como Jacques Maritain y Emmanuel Mounier. Valdría la pena hoy día revisar obras fundamentales que recogen las reflexiones y el proceso cumplido por el Concilio para mirar detrás de él la magnífica construcción de la que la Iglesia puede estar orgullosa. Entre esas obras sobresalen las de Agostino Marchetto, la obra fundamental y cumbre de Giuseppe Alberigo, la obra extraordinaria que recoge las memorias de Hans Küng, las muy interesantes crónicas de Yves Congar, las cartas sobre el Concilio de Helder Cámara, o aquellas de Marcos G. McGrath y del mismo Joseph Ratzinger.

Segunda clave: Populorum Progressio

La oportunidad en la que el Papa pensaba inicialmente para publicar su encíclica social era la de rendirle un homenaje a la encíclica publicada 40 años antes por Pablo VI, un pontífice al que Ratzinger debía afectos puesto que Montini era de los que había descubierto en él un pensador providencial.

Rendirle 40 años después un homenaje a una de las encíclicas más discutidas y perseguidas de Montini (la otra fue su encíclica sobre la vida que aun hoy despierta interpretaciones y posturas encontradas); era reeditar lo que fue “Quadragesimo Anno” en relación a “Rerum Novarum” pero teniendo en cuenta que “el progreso de los pueblos” no sólo estremeció a muchos en los principios doctrinales sino que supo golpear en su momento, de manera fuerte, tanto al Marxismo como a las corrientes liberales extremas del capitalismo.

Celestino Migliore ha llegado a afirmar que “Caritas in Veritate” es la “Rerum Novarum” del



Siglo XXI. Homenaje extraordinario a la Encíclica social de Pablo VI ya que en el mismo interior del catolicismo no faltaron quienes daban por seguro que un texto de esos se había escrito a espaldas del Espíritu Santo.

En su momento –y aún ahora– sacudió y sacude ese mensaje pontificio las conciencias. Hubo publicaciones en las que se editaron (editar significa suprimir del texto) varios párrafos que a juicio de quienes financiaban la edición mostraban que el Papa se había contagiado de izquierdismos. Hoy día se conocen igualmente palabras y términos que se suprimieron “por prudencia” y en algunos países de Latinoamérica llegó a darse como razón para la no publicación de algunos párrafos el que sólo la capacidad intelectual de los europeos podría entenderlos.

Igualmente llama la atención cuarenta años después que no fueran pocos los que pensando en un documento para la reunión de Aparecida llegaron a proponer este texto pontificio como documento base o texto acompañante fundamental que debía ser reconsiderado por el plenario del episcopado.

Pues bien ese homenaje era el propósito fundamental del Papa Benedicto y si se mira bien el texto de la “Caritas in Veritate” abre el capítulo I con el mensaje de la “Populorum Progressio”. Se resaltan las dos grandes verdades de Pablo VI en esa carta a saber: “...toda la Iglesia, en

todo su ser y obrar, cuando anuncia, celebra y actúa en la caridad, tiende a promover el desarrollo integral del hombre”, de igual modo la segunda: “el auténtico desarrollo del hombre concierne de manera unitaria a la totalidad de la persona en todas sus dimensiones”.

Se ve aquí una síntesis perfecta que pone en evidencia el propósito del Papa por colocar también en la nueva encíclica social del siglo XXI la reiteración del énfasis de esas dimensiones que –ante el progreso– se tienden a olvidar como es “la perspectiva de una vida eterna sin la cual el progreso humano en este mundo se queda sin aliento”.

“
La educación,
cuando está permeada
del buen olor
de Cristo,
dignifica la persona
humana, le permite verse
y valorarse en
su auténtica dimensión
de hijo de
Dios...”

Es magistral el número 11 de “Caritas in Veritate” en la explicitación de esta inquietud así como de la toma de posición frente a las instituciones a las que –reconociéndoles su valor– les señala la insuficiencia para satisfacer el desarrollo, más aún si se piensa en un desarrollo integral.

Ese desarrollo integral necesita de Dios que es el que permite mirar al otro limpiamente como “prójimo”, preocuparse por él y trabajar con eficiencia para que avance y ayude a avanzar en el común propósito de lograr una mayor humanización.

Es importante –como lo señala el Papa Benedicto– entender que no existe ninguna fisura entre el magisterio de Pablo VI y el magisterio pontificio que

lo precedió. Con esta anotación parece comprobar Benedicto XVI las suposiciones que se habían hecho en los tiempos en que fue concebida, escrita y publicada la "Populorum Progressio" en el sentido de una "izquierdización" en la doctrina de Pablo VI.

Taxativo, aprovecha para reiterar la aclaración que ya había hecho en "Sollicitudo Rei Socialis", en el número 3, al decir: "No hay dos tipos de doctrina social, una preconciiliar y una postconciiliar, diferentes entre sí, sino una única enseñanza, coherente y al mismo tiempo siempre nueva".

Es de entender – además - que tanto Wojtyła como Ratzinger son cardenales creados por Paulo VI con quien guardan una enorme sintonía espiritual y una gran concordancia intelectual que cada vez es más evidente.

"Populorum Progressio" le sirve igualmente a Benedicto XVI para realizar un nuevo orden en la documentación pontificia de la época contemporánea. En efecto, en el número 14 vincula la encíclica a la Carta apostólica "Octogesima Adveniens" –carta magistral sobre la política, sobre las ideologías y sobre las muy variadas utopías que de cuando en cuando surgen dentro del facilismo del pensar– y en el número 15 traza una línea para vincular tanto la encíclica "Humanae Vitae" como la exhortación apostólica "Evangelii Nuntiandi" ya que conformando con ellas un todo doctrinal se puede deducir con claridad y seguridad "el sentido plenamente humano del desarrollo propuesto por la Iglesia".

Une así –sin duda alguna– todos los puntos fundamentales del espectro temático fundamental de controversia con el mundo contemporáneo señalando como lo dice "los fuertes vínculos entre la ética de la vida y la ética social".



Es al hacer esta profundización en donde el pontífice señala una definición clara de la línea de discusión de la Iglesia con el Mundo ya que el diálogo sólo puede tomarse eficazmente desde la integralidad de la vida humana y de la concepción integral de la naturaleza y de la creación.

En efecto, los diálogos fundamentales no pueden ser sectoriales cuando están en ellos comprometidos elementos esenciales de la vida humana, del destino del hombre, del sentido de la creación.



Tercera clave: la revolución de 1968

Es lógico que para los habitantes de Latinoamérica la significación de los sucesos universitarios de Mayo del 68 tengan más una importancia bibliográfica y no el peso de significación que tuvo para una Europa que salía del impacto de las dos guerras y del desprendimiento de los ámbitos coloniales que les habían servido para ejercer una doble moral que les permitía ser humanistas en Europa y lo contrario en las colonias.

Realmente este suceso del que guardamos como es común en nuestras culturas - solamente el "prohibido prohibir" y el "hacer posible lo imposible" fue para la sociedad europea un desafío de difícil respuesta. Daniel "el rojo" fue el icono de ella y de hecho el más interrogado fue el ámbito académico en el que por entonces se movía el Profesor Ratzinger.

Ratzinger fue siempre fuertemente combatido y un duro combatiente, un verdadero "signo de contradicción" como decía Wojtyła. En la Universidad Federico Guillermo de Bonn dividió el profesorado que se alegró de su partida pero contaba a su favor con los estudiantes para quienes era realmente una estrella, la estrella intelectual que venía del Concilio.

En esa institución estuvo formalmente de 1959 al 63 y luego pasó a Münster donde enseñó del 63 al 68 al tiempo que trabajaba en Tübingen de 1966 a 1969 (bajo la protección inicial del Profesor Hans Küng por entonces el más célebre de los grandes teólogos activos del post-concilio) y desde el 69 en Regensburg (Ratisbona).

Era un personaje polémico, duro en la argumentación, iba de frente y con claridad ante el contendiente; no escatimaba controversia siempre y cuando se celebrara con la dignidad académica que los temas requerían. Eso lo puso siempre en evidencia en sus polémicas profesoras con su colega y benefactor académico el Profesor Küng. La verdadera academia resiste la controversia sin que por ello se suspenda la cordialidad y la amistad. No se puede olvidar que este teólogo suizo había sido llamado a ser asesor en el Concilio directamente por el Papa Juan XXIII. Entre los dos se presentaron las grandes discusiones posteriores que confrontaron las variadas "interpretaciones" sobre el Concilio con los relativismos filosóficos del 68.

Ratzinger comenzó a percibir la presencia de interpretaciones que iban más allá del espíritu conciliar y les hizo frente. Entre los que se alinearon al lado de los pensadores del 68 estuvo el colega suizo. Ratzinger se preparó ya entonces para dar batalla al relativismo; se puede

constatar la ruptura con la crisis de la revista "Concilium" (escenario de Küng) y la creación de la nueva revista "Communio" (escenario de Ratzinger) y su alejamiento de los ámbitos donde se frecuentaban los teólogos denominados progresistas como lo eran Küng, Schillebeeckx y aún de uno de sus grandes afectos anteriores el jesuita Karl Rahner; se preparaba para la confrontación y lo hizo partiendo del libro la "Introducción al Cristianismo".

Era consciente de la invasión del relativismo y del secularismo. En 1999 en una conferencia dictada en el Pontificio Consejo para los Laicos afirmó –recordando lo acontecido en aquella época– que había de estar prontos a la confrontación y aceptar el conflicto de valores. Allí, en esa conferencia, hay una declaración magnífica: "hemos de defender al hombre y no solo a la Iglesia". Hay que recordar además que es un axioma de la doctrina social cristiana que "el hombre es el camino de la Iglesia".

La "disputatio" tomista, la controversia de ideas será su escenario favorito; fueron famosas sus confrontaciones públicas con Florez de Arcais sobre el ateísmo y el agnosticismo; sostenía discusiones fluidas con los otros tres grandes polemistas doctrinales de la curia romana como eran Martini, López Trujillo y Etchegaray.

La revolución del 68 lo marcó porque fue prácticamente el único en descubrir que ella portaba el renacimiento del "relativismo" y en evaluarla fuerza arrolladora con la que estaba dotada capaz y habilitada para sustituir



progresivamente a la mayoría de las corrientes filosóficas en boga, ninguna de las cuales pudo resistir con éxito el trámite del "anidamiento" de lo "relativo" en todas las facetas de la vida y del pensamiento, del actuar y del juzgar.

Ratzinger es un pensador –como lo pensaba Mounier– que está acostumbrado a la anticipación. En efecto es en 1968 cuando escribe su obra maestra –ya mencionada– "Introducción al Cristianismo", que fue y ha sido decisiva para contraponer un pensar cristiano, y por tanto humanista, al relativismo. Allí el profesor centraba su argumentación en la importancia que el Cristianismo tenía para la sociedad moderna. Por ello su insistencia en la idea que occidente sólo puede encontrar el camino justo reconociendo sus raíces cristianas y que pretender ignorarlas o soslayarlas es equivocar el camino.

Cuarta Clave: las cuatro amenazas

No fue Benedicto ajeno a las grandes reuniones que hubo durante la guerra fría que fueron delineando en los años 70s. las amenazas que se cernían sobre el mundo y sobre la civilización. Cuando se llega a la Conferencia de Helsinki de 1974-1975 ya existe un consenso sobre los 4 grandes peligros.

Esa certeza entregaba en primer lugar el armamentismo nuclear que constituía una amenaza potencial sobre la humanidad, peligro que lo ilustra claramente

Henry Kissinger en su magnífico libro “Diplomacia”; en segundo lugar el armamentismo convencional que constituye una amenaza real sobre la humanidad y que se puede certificar con la suma de muertos (llamada eufemísticamente “costo social”) de las guerras de bajo perfil que son aquellas que suceden entre los países pobres a nombre de los intereses económicos o geoestratégicos de los países ricos y de sus convicciones ideológicas; en tercer lugar se mencionaba la destrucción ecológica de un planeta –que evidencia una amenaza real sobre la humanidad– que comenzaba por entonces a dar muestras de fatiga a causa de la polución, del recalentamiento global del efecto invernadero, de los problemas generados por la erosión y la destrucción de las fuentes de agua dulce y, finalmente, el cuarto peligro que es aquel de la pobreza –amenaza real sobre los seres humanos– que crece, desmesurada, y toca a todos los países en todas las regiones aún en el así mencionado “cuarto mundo “ como comienza a llamarse a los pobres y a los indigentes quienes a través de la migración buscan alternativas de supervivencia en el primer mundo.

Estas constataciones realizadas en 1975 en las sesiones finales de la “Conferencia sobre la cooperación y la seguridad en Europa” sirvieron en buena parte para orientar las discusiones que en el campo intelectual, en el de la política, en el de la economía y en el religioso tenían lugar. Es de ese grupo de reuniones, de análisis, de seminarios y de simposios de donde surge el imperativo de la novedad. En efecto, se recobró el optimismo,

se comenzó la preparación de largo plazo para el Tercer Milenio y, recuperada en algo el sentido de la utopía, se prometía al mundo construir una “Nueva Sociedad”, una “Nueva Economía”, una “Nueva Cultura”, una “Nueva Política”, un “Nuevo Orden Internacional”. Aparecía con toda su fuerza la “Nueva Era” (New Age) y brotaba igualmente el diseño y el propósito en el ámbito católico por una “Nueva Evangelización”.

Ese mundo que se preparaba con un diagnóstico acertado para el siglo XXI –valga decir para el tercer milenio– fue rápidamente percibido por Ratzinger quien ganó desde entonces la convicción de que era preciso profundizar los verdaderos cambios en la Iglesia y que hombres nuevos debían purificar y allanar el camino para que el mensaje de Jesús el Cristo iluminara y guiara el camino del tercer milenio.

Este propósito lo hace amigo de Wojtyła al que frecuenta y aprende a admirar y con quien comienza un diálogo centrado en lo fundamental de la fe (véase el libro-informe de Ratzinger “informe sobre la fe”), en el valor irrenunciable de la verdad y en la necesidad de instaurar la solidaridad en el mundo de hoy. Precisamente al ser nombrado Arzobispo de Munich –y antes de pasar siquiera diez días de nombrado Cardenal– coloca en su escudo el lema “Cooperatores Veritatis “ que será el eje que señala en su carta encíclica en el número 18 cuando afirma que “ además de la libertad, el desarrollo humano integral como vocación exige también que se respete la verdad”.

“
Ese mundo que
se preparaba...
para el siglo XXI
fue rápidamente
percibido por
Ratzinger...
”

Quinta Clave: la reconstrucción de Alemania

Ratzinger es un hombre enamorado de su Iglesia, de Europa, de Alemania, de su Baviera y orgulloso de la reconstrucción de la Alemania destruida por la locura del tercer Reich y de que ésta se hubiera hecho partiendo de los valores compartidos por católicos y protestantes liderados por Adenauer, por Erhard y también por Schumacher que dieron nacimiento al concepto de "Estado SOCIAL de Derecho" al que debe corresponder una "Economía SOCIAL de Mercado" y que ha de instrumentarse a través de un "Modelo SOCIAL de Desarrollo". En efecto, es una sociedad que se reorganiza después de la locura y de la culpa centrando todo su acontecer en el desarrollo de una comunidad que se siente orgullosa de hacer de la dignidad humana el eje al que convergen todos los factores de la vida social. Se trata de una sociedad que, sin renunciar al "tener", busca ayudar por todos los medios posibles al ciudadano a "ser más".

La reconstrucción de Alemania es para Ratzinger un laboratorio que demuestra que la realidad puede ser transformada, que la economía ha sido hecha para el hombre y no éste para la economía igual que sucede con la ciencia, con la tecnología, con la cultura como afirmaba en su momento sabiamente el Cardenal Lercaro y con todas esas herramientas que crea la civilización; al tiempo que se defiende la libertad se busca cumplir con las responsabilidades inherentes al prójimo, a la sociedad –léase bien común– y a la creación toda.

No importa si la Alemania de la globalización ha venido abdicando de lo que la hizo grande a nivel de los valores que animaron la reconstrucción pero para el Papa ese es el camino y

se puede rastrear en toda la encíclica las características de esa economía que generó la alternativa de la reconstrucción alemana y no sólo de Alemania sino de la misma Italia donde se señala la figura de De Gasperi también como uno de los grandes católicos responsables de la superación en democracia del fascismo italiano y que con los líderes social cristianos alemanes y franceses dieron origen cierto a la "Comunidad Económica Europea (iniciada con el pacto del acero) y que ha llegado hoy a ser la orgullosa y promisoría "Unión Europea" que –para muchos– revela la capacidad transformadora de la realidad social por parte del mensaje cristiano y de su actualidad.

No puede el desarrollo económico y ningún desarrollo desprenderse en sus planteamientos de sus responsabilidades con la vida, con la eliminación de la pobreza, con el desarrollo de los pueblos, con el propósito de la equidad y del desarrollo de la persona y de la humanización.

Ratzinger en sus conversaciones y en sus intervenciones acostumbraba tener en cuenta esos elementos; ellos constataban que sin el cristianismo Europa no sería lo que es y correría el riesgo de desaparecer como testimonio civilizatorio de la cristiandad; no en vano junto a Juan Pablo II y al Cardenal Etchegaray han luchado por el reconocimiento - aún no explícito - de las raíces cristianas en el texto de la Constitución Europea.



Sexta Clave: Juan Pablo II

Muchos son los nexos que unen a Ratzinger con Wojtyla y a Benedicto XVI con Juan Pablo II. Se habían conocido en el Concilio. Ambos eran prestigiosos intelectuales. Para Ratzinger, Wojtyla era la expresión contemporánea del nuevo humanista que cierto de su fe construía desde ella su visión del mundo y anclaba sus testimonios.

Igualmente el teólogo-filósofo polaco era un lector consagrado a la obra intelectual de Ratzinger así como éste de la de aquel.

Es así como llegado al pontificado el Papa polaco lo nombra como Prefecto de la Congregación para la Educación Católica en 1980 nombramiento que declinó por no dejar de lado su tarea pastoral en Munich recientemente comenzada. Muchos piensan que unida a esa motivación yacía otra y era la de alejarse del mundo universitario escenario de sus grandes triunfos pero igualmente de sus grandes sinsabores.

El hecho es que después del atentado al Papa, lo llamó el 25 de noviembre de 1981 a ser el Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe que había sido reformada mediante una iniciativa del Cardenal Frings –bajo idea de su asesor el Profesor Ratzinger– en el Concilio.

El Cardenal continuaba como es su natural actuando beligerantemente no sólo con la capacidad intelectual; también fue de los que salieron a las calles a dar su apoyo al movimiento de Solidaridad y a la necesidad de propiciar la libertad de los países tras la Cortina de Hierro. (Hay quienes no sospechan que en ese hombre sereno y calmado hay una persona capaz de



grandes heroísmos. Nuestra cultura tiene la tentación de percibir más al agitador como héroe que al verdadero líder de cambios profundos que es capaz de conducir grandes transformaciones).

Ratzinger es un hombre situado, aplomado, realista, dotado de una intuición que lo lleva a comprometerse con cambios fundamentales en tanto que hay otros más vistosos quizá, pero aparentes.

La ironía de la vida es que este nombramiento lo lleva a ocupar el puesto del que fuera durante el Concilio el representante del tradicionalismo, el Cardenal Ottaviani, con quien la línea progresista de entonces mantenía frecuentes enfrentamientos que sin duda enriquecieron no solo los debates sino la personalidad de los contendientes.

Muchos se preguntan, de cara a la encíclica "Caritas in Veritate", por los temas previos que signan el compromiso vital del Cardenal Ratzinger. Es claro que ellos van unidos a los valores cristianos y al magisterio actualizado por el Vaticano II.

Fundamental es la defensa de la vida desde su concepción hasta el final; la lucha contra el aborto; el rescate de la equidad, la solidaridad y el compromiso con la tarea de superar la pobreza; el rescate de la cultura; la necesidad de hacer de "Gaudium et Spes" una bitácora del mundo moderno, pero, por encima de todo, librar la gran batalla contra el relativismo que había penetrado todos los ambientes: el de la cultura, el de la ciencia, el de la política, el de la economía, el del desarrollo, el del pensar filosófico, sociológico y teológico. Y el rescate del modo cristiano de actuar como lo hizo presente con amargura denunciante en el último Vía



Crucis presidido por Juan Pablo II en donde fustigó los desórdenes y escándalos en el interior de ciertos sectores de la Iglesia.

Ya al lado de Juan Pablo II, como su colaborador directo, la sintonía estaba establecida. Se sabía que el Prefecto era interlocutor privilegiado de todos los temas; su ausencia de la vida social, del protocolo y su vocación intelectual, a más de su afecto por el Papa, hacían que su tiempo se multiplicara. Era como se dice un pensador, un humanista integral.

Todos esos compromisos están contenidos en "El informe sobre la Fe". Para quien quiera entender al Papa es inevitable la lectura de esta entrevista donde establece los equilibrios que - sin negar el Concilio - lo colocan en la verdadera dimensión de la actualización de la Iglesia sin que se tenga que renunciar a la profundidad de la fe.

Quien conozca el Concilio se dará cuenta que no hay un paso atrás en lo fundamental. Juan Pablo II y Ratzinger se hacen personeros de una nueva ética que ha de regir desde entonces el comportamiento de los miembros de la iglesia y de la Iglesia misma.

Juan Pablo II tenía el don de la comunicación, de la simpatía; Benedicto XVI es otro pero las palabras son las mismas, los conceptos no han cambiado. Muchos saben que en los documentos fundamentales de Juan Pablo estaba unido el pensar del Cardenal Ratzinger así como para los asuntos políticos se abría al Cardenal Etchegaray y, en los atinentes a la vida, al Cardenal López Trujillo.

Bien se sabe que en los últimos años de la vida del Papa Juan Pablo la palabra era la que ellos dos conversaban; fue tanta la simbiosis que aún aquellas que se pronunciaban los miércoles en las asambleas semanales sobre "Los Salmos" hablaban ya de los dos y que al marcharse el Papa polaco a la casa del Padre bellamente Benedicto continuó haciendo de ellos su homilía diciendo a todos que ya los tenía escritos el Papa Juan Pablo.

Por ello hay una bella continuidad en los dos pontificados que no es una continuidad formal sino esencial porque uno es el Espíritu Santo que los anima a ambos y continuará hasta el final de los siglos.

"Caritas in Veritate" es muestra de esa sintonía y de la de ellos dos con el Concilio. Las encíclicas "Deus Caritas est", "Spes Salvi" y ahora "Caritas in Veritate" son el diseño básico de la propuesta de la Iglesia a través del Papa Benedicto para el mundo moderno.



Séptima Clave: la herencia de Benedicto XV

Esta clave atañe al nombre elegido por Ratzinger para cumplir su tarea de pontífice en un mundo que se ha visto dominado progresivamente por la violencia y por el terrorismo, por el avivamiento de las amenazas nucleares y de las armas de destrucción de masa, por el aumento del armamentismo entre las naciones en especial las más pobres, por la destrucción de la naturaleza y por el aumento de la pobreza convertida en indigencia, en exclusión, en esa migración que huye en búsqueda de la supervivencia, por la caída de los valores, por la corrupción imperante, por la verdad sacrificada en el falso altar del relativismo; un mundo que visto en progresión presenta agravadas las situaciones que en 1914 condujeron a la primera guerra mundial y encerraron el pontificado de Benedicto XV (1914-1922) quien trató con su encíclica "Ad Beatissimi Apostolorum" del 1 de noviembre de 1914 de detener la guerra o con la Carta enviada al Cardenal Vannutelli llama a los contendientes a pactar una paz justa. Este Pontífice tuvo que experimentar que su llamado a la paz y a la cordura caía en el vacío como sucedió en buena parte con la otra encíclica



fundamental "Pacem Dei Munis" del 23 de mayo de 1920 así como también cayeron en el vacío luego de la contienda sus súplicas ante un mundo roto entre Rusia, Alemania, Hungría, Irlanda, Francia, Polonia y Austria.

Quien lea la carta encíclica de Juan XXIII "Pacem in Terris", encontrará en ella el espíritu y aún las palabras de Benedicto XV. Ese Papa sufriente sobrevive en todos los documentos y discursos que sobre la paz se han producido en el Vaticano con la pluma pontificia.

Hoy Benedicto XVI con su clarividencia ha visto que el mundo se orienta hacia una encrucijada, que está ante una bifurcación en donde hay que cambiar de ruta y hacerlo urgentemente. Está cierto que se ha pasado de la censurable corrupción de los medios a una corrupción mucho peor que es aquella corrupción de los fines.

Es cierto que Europa está unida pero el terrorismo musulmán la confronta; es cierto que hay Cortes y Magistrados que deben cuidar el crecimiento de la paz pero están ahí la violencia y las guerras sanguinolentas del África y tantas otras

partes del mundo como acontece en la Franja de Gaza, en Colombia, en Guatemala, en Pakistán, en Irán y Afganistán para mencionar tan sólo algunos ejemplos; es cierto que hay riqueza pero asombra la gran inequidad; es cierto que hay democracia pero cada vez son menos libres las personas acosadas por los medios de comunicación y de adoctrinamiento; es cierto que hay riqueza pero son pocas las personas y grupos que gozan de los recursos; es cierto que hay declaraciones grandilocuentes pero igual que son palabras vacías que se violan en cualquier momento y se sacrifican al mejor postor y es cierto que no hay valores ni principios que susciten el consenso activo de las gentes.

La virtud ha sido sustituida por el exitismo, por el dinero fácil, por las mafias y por una secuela mucho peor que ella ha dejado que es la "mafiosidad". De ella participan personas que se reputan como buenas y que dicen estar con la Iglesia, con el Evangelio y con el Papa mientras la Iglesia no los señale como culpables por acción o lo que es peor como los culpables por omisión.

Más aún, el Papa está convencido que el relativismo ha hecho desaparecer el sentido de la culpa y ha llenado el mundo y las sociedades de gentes que no se sienten culpables, que se sienten inocentes así sea de las atrocidades que cometen y han saltado por encima del viejo axioma que rezaba que "el temor de Dios es el principio de la sabiduría", aquellos que profesan el "Carpe Diem" de Horacio que traducía magistralmente Don Luis de Góngora y Argote versificando el "coge la flor que hoy nace alegre, ufana / quien sabe si otra nacerá mañana".

Este es el mundo que intenta confrontar y confronta Benedicto en su magisterio. La Encíclica "Caritas in Veritate" le permitirá hacerlo.

Octava Clave: la sabiduría de la Sociedad

Bien sabido es que la Iglesia fuera de todo lo que de ella se pueda decir en términos del espíritu es igualmente una multinacional de la inteligencia y uno de los mayores centros de información cualificada del mundo. La Santa Sede en especial es el sitio en donde convergen todos esos saberes, se elaboran los mismos y se justiprecian las informaciones que a ella llegan, se someten a análisis y comprobación así como también se elaboran investigaciones que son sometidas a pluralidad de discusiones. Bien sabido es que desde Galileo existe la Pontificia Academia de las Ciencias de la cual pese a todas las viceversas y problemas que tuvo con la Inquisición fue su primer presidente; existe la Pontificia Academia de las Ciencias Sociales, la Academia de la Vida por sólo mencionar tres de las muchas que a diario trabajan sobre los más diversos temas que ocupan la preocupación de la Humanidad en torno a desvelar su pasado, comprender su presente y diseñar su futuro.

A ello se une un sinnúmero de Universidades Pontificias, de Universidades Católicas, de centros de investigación así como la participación de religiosos y de laicos comprometidos con las tareas de la Iglesia en las más variadas academias, centros de investigación del mundo.

Es apenas entendible que la llegada de Ratzinger –académico probado– le confiriera a esos centros de la inteligencia un impulso aún mayor que el que los últimos pontífices le habían otorgado.

Pero lo que aquí se quiere detectar además de las gestiones propias, es recalcar la contribución

del mundo para hacer conocer las condiciones reales de la vida del Ser humano. En efecto, la importancia de la investigación y de los medios de comunicación ha crecido tanto desde Marshall Mac Luhan que es difícil a veces navegar entre tanta documentación lo que ha llevado al desarrollo de instrumentos e instituciones que van señalando lo fiable en esa multitud de informes.

La encíclica encuentra en la fase final de su preparación protocolos que señalaban entre otros datos más de mil millones de hambrientos, cerca de tres mil millones de desnutridos ante la indiferencia del mundo; estos datos van unidos a las dolorosas estadísticas de salud, de migraciones irregulares, de devastación de la naturaleza donde se pone en evidencia que ha sido inocuo el mensaje de los indígenas cuando convocan al mundo de hoy a creer que “no hemos recibido la tierra como herencia de nuestros padres sino como préstamo de nuestros hijos” eventos a los que se suma la mala calidad de las ayudas internacionales y de generosidades internas que no son más que un conjunto de palabras que no alcanzan a ser medianamente cubiertas por los hechos.

En efecto se prometen en los momentos de angustia y de publicidad cantidades de millones que luego no encuentran cumplimiento en el envío, como tampoco se cumple con la cuota de ayuda que han pactado desde hace muchos años para la cooperación internacional. Por los medios de comunicación se sabe la realidad de todas estos actos fallidos de generosidad internacional.

Sería muy bueno, entonces, emprender la lectura de la Encíclica “Caritas in Veritate” teniendo como ayuda permanente el “Informe sobre el Desarrollo Humano” de Naciones Unidas que

es certero en las cifras y tiene solamente residuos de ideologización fácilmente detectables. Este informe se publica cada año a nivel de análisis global así como país por país.

Y es importante porque así como se globalizan los mercados, se avanza en la globalización de la justicia, se globalizan la información y las comunicaciones, el comercio y la lucha contra el terrorismo se debe igualmente emprender la tarea de la "Globalización de la Conciencia" como un antídoto ala tendencia del Darwinismo social del "sálvese quien pueda" donde aparece con toda su evidencia la brutalidad de la "ley del más fuerte".

Estar en diálogo con el mundo es una actitud de la Iglesia post-conciliar que se acrecienta cada vez más. Hay algunos que mal entienden el diálogo en el sentido de asumir que se debe ceder en lo fundamental o en aquello que identifica una doctrina o una fundamentación intelectual. Es importante, para entrar en el diálogo con el mundo y con la multiplicidad de sus facetas, saber bien "qué no es negociable" así como entender la postura del otro y de lo qué no está dispuesto a negociar.

Esto constituye el gran marco de la cultura entendida como la forma de relacionarnos con Dios (cultura religiosa), con el pensamiento, con la economía, con la naturaleza, con los conocimientos, con la ciencia, con las artes, en fin, consigo mismo. Estas áreas son formas

“
...está
construyendo
con su **encíclica**
una carta de
navegación
para el
milenio
y siglo que
comienzan...

”

diferentes de la cultura que es preciso comprender en su dimensión ya que una persona puede ser erudita pero carecer de toda cultura respecto al conocimiento que demanda discernimiento o ser un absoluto ignorante en cuanto a la cultura religiosa o de cara a la política o a la economía.

Benedicto XVI es, como Juan Pablo II, un hombre enterado del mundo que habita y está construyendo con su encíclica una carta de navegación para el milenio y siglo que comienzan y ha tratado de estructurar una bitácora, un cuerpo de doctrina de aquello que para un Cristiano, mejor para un católico es el centro de su fe, de sus valores, de sus convicciones y que por tanto no son negociables en su encuentro

con el mundo o con otras opciones de concebir el vivir.

Esta es una preciosa y útil tarea pedagógica porque coloca en diálogo e intercomunicación los temas de tal manera que llama la atención para no olvidar la conexidad que existe entre ellos porque por experiencia propia, aquella del profesor sabe que el conocimiento y el ser humano no son compartimentos estancos sino unidades integrales, indivisibles. En el mundo de hoy existe la metodología de dividir y de subdividir los temas con lo que se borra lo importante de la conexidad y al hacerlo se llega con facilidad a conclusiones que falsean toda posibilidad de humanismo y de verdad integral.

Es así por ejemplo que el tema de la natalidad no puede ser visto sin entrar en diálogo con la economía, con la distribución de los bienes y con su participación universal.

Pues bien la lectura de la Encíclica ofrece de la misma manera un enunciado de las temáticas de las que se ha de estar enterado si se quiere manejarla hacia adelante. No es un documento para leer de pasada sino para estudiarlo y para hacer de él un recurso al manejar las certezas e ir con capacidad argumentativa al diálogo con el mundo.

Es preciso despertar a las llamadas "mayorías silenciosas" pero más importante aún es abrir los oídos de "las minorías sordas" y entender que si bien es cierto que "la historia es maestra" también es cierto que no siempre tiene buenos discípulos.

Quien la lea con detenimiento re-encontrará en la Encíclica la recuperación de los "signos de los tiempos"; también una aplicación interesante del Ver (oír), Juzgar y Actuar que sigue siendo una excelente metodología para afrontar el análisis de la realidad. Uno de los puntos más positivos del post-concilio es esa metodología que ha producido no sólo grandes documentos sino extraordinarias iniciativas como lo han sido aquellas del Padre Lebreton o las acciones del Abbé Pierre, de Clara Lubich o las tareas cumplidas por Don Giussani o Don Verzé en el terreno de lo social y comunitario o las acciones del sindicato Solidaridad en lo político.

El itinerario de una encíclica

Desde el primer año del pontificado de Benedicto XVI estaba planeada. Pensemos muy bien en que en la parte final del gobierno pastoral de Juan Pablo II se había hecho el esfuerzo por publicar el "Catecismo de la Iglesia Católica"; el mismo Ratzinger tuvo mucho que ver ya que lo lideró, "El Compendio" de los asuntos atinentes a la vida, al aborto, a la eutanasia y demás temas que le son afines editado y animado por el Cardenal López Trujillo y el "Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia" que luego de muchas consultas, de dilaciones a veces inexplicables y aún de discordancias intelectuales entre Europa y Norte-América, América latina, África y Asia y entre diferentes modos de ver la realidad logró ser publicado tras las mediaciones del Arzobispo Crepaldi y del Cardenal Martino. Estos tres textos principales habían pasado por las manos de los miembros de la Curia Romana, por los escritorios de expertos y de consultores y se sabía que esos tres documentos serían como un gran trípode de los asuntos sociales más caros a la Iglesia.

Ya establecido como Pontífice Benedicto XVI se pudo ver clara la intencionalidad del Papa con respecto a su diálogo con el mundo. Su primera aparición ante el Cuerpo Diplomático, los saludos a los Presidentes, la recepción de cartas



credenciales, los discursos de las visitas Ad Limina Apostolorum, los mensajes a las Academias, sus intervenciones ante la Academia de las Ciencias Sociales, sus conferencias ante las Universidades, las palabras pronunciadas en su viaje apostólico para la Jornada Mundial de la Juventud en Colonia, las cartas a personalidades de la vida política y económica y el discurso en la Inauguración de la "Quinta Conferencia del Episcopado Latinoamericano del Caribe y de las Antillas " tienen un esquema claro en donde partiendo de una profesión de fe, de la declaración sobre la eminente dignidad de la persona humana y de las responsabilidades frente a la vida se introduce definitivamente en el ámbito de lo social.

Estos eventos previos permiten colegir que la Carta "Caritas in Veritate" no es una improvisación sino la elaborada toma de posición de quien sabe responder a su compromiso con el Magisterio.

Quien recolecte todos estos elementos podrá observar el trabajo previo a la Encíclica y luego observar las diferentes dificultades que –a lo mejor– intervinieron en su publicación pero que por el momento hacen parte del anecdotario de lo ocurrido tras las bambalinas y que luego cuando las personas se serenen harán parte de la historia.

El propósito inicial era coincidir con la fecha de celebración de los 40 años de "Populorum Progressio". Para tal efecto fuimos muchos los convocados a un encuentro especial en el "Pontificio

Consejo de Justicia y Paz" que discurrió sin que

por parte alguna apareciera la Carta Pontificia. Igualmente se habían organizado réplicas del evento en otras partes del mundo. Personalmente estuve en la que se celebró en Madrid, lógicamente en homenaje a Pablo VI pero con la expectativa puesta en la aparición de la Encíclica social del Papa.

La fecha no fue entonces esa. Se sabía que el Papa trabajaba intensamente acompañado según se dice del Arzobispo Crepaldi –segundo en la estructura del Pontificio Consejo Justicia y Paz– del mismo Cardenal Martino y de otra serie de asesores temáticos pero siempre conservando la iniciativa el Pontífice, persona por demás entendida en las lides de los trabajos que un documento de hondura intelectual requiere.

Quien haya leído los documentos mentados anteriormente de preparación, descubre que ya desde entonces el Papa había avizorado la magnitud de la Crisis que se avecinaba por lo que se esperaba que el carácter profético de un pontífice clarividente se ratificara.

Era un escándalo que la Iglesia se asomara con más claridad al conflicto del mundo de los poderosos que ellos mismos; se sabe empezaron a tener reservas con respecto a las declaraciones del Pontífice previas a la publicación de la Encíclica y bien se conoce que no faltaron quienes voluntariamente y con gratuidad se decían dispuestos a asesorarlo para evitarle el caer en errores irremediables. Hay quienes dicen que tanta "Buena Voluntad" se topó con un



Pontífice dispuesto a oír, aún más, a consensuar pero en ningún momento a negociar. No se podían repetir los acontecimientos que hubo en el sentido de querer cambiar los enunciados pastorales que marcaban a encíclicas como "Pacem in Terris" y "Populorum Progressio".

No cabe duda. El Papa vio venir la tormenta de la Crisis después de la reunión de Aparecida en el Brasil, de la impresión enorme de su visita al África (donde toma la determinación de entregar a este continente la dirección del Pontificio Consejo de Justicia y Paz) y después del viaje a los Estados Unidos de Norteamérica y a la Organización de las Naciones Unidas donde pudo pensar en el mundo no solo de la abundancia sino de la retórica y de la política.

Lo cierto es que todos los sectores internos y externos se preguntaban por las razones de la demora en la aparición de la Encíclica.

Pasados los términos que se decían propuestos, se pensó en la alternativa de publicarla al inicio del Año dedicado al Apóstol Pablo, pero ello tampoco fue posible.

La expectativa se fue debilitando porque se suponía o se empezaba a suponer que había dificultades por lo que para retornar a construir una expectativa se programó en la Universidad Gregoriana con la coordinación del Padre Josef Jelenic, dentro del Convenio Giuseppe Vedobato, un simposio sobre "Valores éticos y desarrollo integral de la persona en el tiempo de la Globalización". Al final de él el Cardenal Martino dejó oficiosamente correr la especie de la proximidad cierta de la aparición de la Encíclica.

A los pocos días se organizó el lanzamiento de una interesante obra de una de las personas más comprometidas con la Encíclica, el Arzobispo Crepaldi, quien en su libro "Dios o los dioses" marca las líneas básicas del pensamiento social del Papa Benedicto XVI.

Ya estaba, entonces, todo listo y subsanadas las dificultades para celebrar con su aparición la clausura del Año Paulino en junio de 2009. Sin embargo una nueva dificultad se atravesó: los originales alemán, italiano e inglés estaban preparados pero faltaba aquel que comporta la edición oficial en la lengua oficial de la Iglesia, el latín que tan solo fue posible publicar una semana después. Por tanto ese día de San Pablo –el 29 de Junio de 2009– el Papa firmó la encíclica pero ella solo vio la luz pública ya en latín y las otras lenguas ocho días después.

La Coyuntura Política

Hay momentos en la historia en que la Providencia señala coincidencias que son significativas. El accidentado camino de la Encíclica llegó a coincidir –después del terremoto en L’Aquila– con la reunión que para estudiar la nascente crisis programaron los países más industrializados del mundo, la reunión de los 8, que sin duda fueron sorprendidos con el ejemplar de la Encíclica que hizo que las conclusiones de la reunión política quedaran como de menor significación. En medio de esa reunión, los grandes del mundo se reunieron en diferentes audiencias con el Santo Padre y reconocieron que la mirada del Pontífice era realmente profunda y tocaba el meollo de los problemas que ocupan a la humanidad, que plantean desafíos que deben ser resueltos si se quiere mirar al futuro con optimismo. Quedaba así el documento colocado también en su importancia civil y política para comenzar a hacer un recorrido que es reputado como hondamente exitoso.

En efecto en los grandes foros se ha querido conocer qué se piensa en la Iglesia acerca de estos temas. Lo que es más curioso es que sean más acuciosas las organizaciones y empresas no católicas las que tienen mayores expectativas en conocer el pensar pontificio.

De Frente ante Calvino

Se ha pasado por encima y a la ligera la otra coincidencia de la publicación de la Encíclica. Era precisamente la celebración en el mundo protestante del señalado pensador del espíritu del capitalismo Jean Cauvin –Juan Calvino– nacido el 10 de Julio de 1509. Eran los días de

la reunión de los 8 grandes del mundo, personeros de una filosofía centrada en el espíritu del capitalismo que hoy día se ve interrogado ante el fracaso que esa ideología está mostrando con los graves desequilibrios que han venido creándose entre los grupos sociales.

Sin duda alguna no hay en esto una intencionalidad en la publicación ni en el ámbito pontificio pero no ha estado ajena la opinión de la gente al efectuar la insinuación que tiene una cierta validez ya que motiva a cotejar la ideología del liberalismo o del así llamado capitalismo y el ámbito social cristiano que se orienta por los imperativos del Evangelio y por las directrices del Magisterio.

Esa es una discusión importante que es preciso continuar y colocar en las debidas proporciones y se debe reconocer que hay muchas sensibilidades entre quienes se reconocen católicos y conviven con los principios del liberalismo y al decir de ellos no son opciones excluyentes; otros afirman que esa “cohabitación” entre liberalismo y concepto católico de la existencia no es posible y aún más hay otros que repugnan el liberalismo y lo denominan “liberalismo salvaje” o “capitalismo salvaje”.

La Encíclica, además, ofrece puntos de reflexión sobre este tema que son atractivos y preocupantes ya que se supone que toda reflexión ha de conducir a una ratificación o a una modificación de las posiciones asumidas o por asumir. Esto hace atrayente el estudio del documento no sólo para los cientistas sociales sino principalmente para todos aquellos católicos y cristianos- no importa su posición -que se esfuerzan por saber leer los datos de la realidad y para transformarla dentro de los valores concordantes con el humanismo.

Las líneas de fuerza de la encíclica

Primera línea: La relación entre la Caridad y la Verdad

Sin duda la primera de ellas y la principal es la relación entre la Caridad y la Verdad sobre todo porque “la verdad es luz que da sentido y valor a la caridad”. Esta referencia es la vinculación con la primera encíclica del actual pontificado “Deus Caritas est”. Apasiona la huella del pensamiento de San Pablo – “veritas in caritate” que al decir del Papa vale tanto en su enunciado inverso “caritas in veritate” así como en esa resurrección del concepto “economía de la caridad”. Caridad que supera la justicia porque a decir verdad comienza donde aquella termina y porque son muchos los que aún hoy hacen aparecer como obras de caridad lo que son apenas unos primeros pasos en realizar la justicia debida.

Uno de los enunciados más interesantes es aquel que habla de cuando la libertad y la verdad están ajenas la una de la otra entonces surge una degradación de la caridad o de la solidaridad en

el “sentimentalismo” de la ayuda al prójimo que le quita profundidad a la tarea de la responsabilidad para con el semejante. Esta precisión va unida al enunciado de lanzar al binomio caridad y verdad más allá de lo personal y ubicarlo también en el ámbito de lo estatal y de lo social ya que desde allí puede darse significado mayor a los intentos de construir una sociedad mejor bajo el concepto del Bien Común.

En efecto el bien común es definido como “... el bien relacionado con el vivir social de las personas”, con quienes viven en comunidad y con la obligación que tenemos todos de trabajarlo.

Segunda línea: En recuerdo de Populorum Progressio y de Sollicitudo Rei Socialis

La segunda línea se encuentra en el capítulo I donde el Papa se regodea con el pensamiento de Pablo VI en Populorum Progressio, sobre todo en la idea que “sin la perspectiva de una vida eterna el progreso humano en este mundo se queda sin aliento”; y lo hace con la afirmación de la **novedad** y de la oportunidad del Evangelio en esta sociedad contemporánea donde debe nacer la “civilización del amor”.



Igual defensa hace a continuación de la “*Humanae Vitae*” para señalar los vínculos indisolubles que existen entre “ética de la vida y ética social”. Sin duda son estas las dos encíclicas del magisterio de este pontífice, las más discutidas y las que más dividieron las distintas opiniones sobre el Trabajo y la Vida.



Se recuerda igualmente que ha sido tarea del magisterio pontificio la permanente actualización del pensamiento social como 20 años antes había sido hecho por Juan Pablo II en “*Sollicitudo Rei Socialis*” que ha de ser recordada y leída por quien quiera establecer el puente intelectual entre *Populorum Progressio* y “*Caritas in Veritate*”.

Puede afirmarse que cada día más el magisterio de Pablo VI va ganando mayor perfil entre las mentes que lúcidamente se han colocado en la difícil tarea de auscultar el mundo contemporáneo. No hay que olvidar además que Wojtyła y Ratzinger son cardenales por él convocados a ayudarlo en la gestión de la Iglesia y por ello – con muchas facetas de distinción – se marca la sintonía existente en el pensar teológico y social de estos dos sucesores pontificios.

Es preciso repetir que no hay perspectiva para el ser humano y para el mundo creado sin la certeza de la vida eterna que es aquella convicción que nos ayuda a dejar de pensar tan solo en “tener más” sino que nos dimensiona a la vocación de “ser más”.

Esa certeza de la vida eterna hace que nuestro compromiso con el prójimo, con los otros, sea auténtico y dinamizador y que se de en el marco de los imperativos contenidos en “*Evangelii Nuntiandi*” que son un presupuesto para mantener las certezas de un desarrollo humano.

Ya desde entonces apuntaba Pablo VI a la sana Globalización, aquella que sólo es posible cuando tenemos la convicción de ir hacia delante, todos, como género humano, unidos en la verdad de la humanización de la creación ya que así como no es posible moralmente en una sociedad una minoría satisfecha frente a una inmensa mayoría apabullada de necesidades tampoco lo es una nación que pretenda el disfrute de todo hasta el despilfarro mientras otros países se debaten en la miseria y el hambre. Esta advertencia es una clarividencia todavía no lo suficientemente valorada de Pablo VI.

Tercera línea: Verdad, Caridad y Libertad: valores para el Desarrollo

La tercera línea es el trípode de valores para el desarrollo: son la Verdad, la Caridad y la Libertad.

Con estos tres elementos aboca el Pontífice el análisis del Desarrollo Humano en nuestro tiempo señalando las metas que las corrientes económicas y políticas se han fijado, los problemas que han creado, las dificultades que han tenido, la situación de los países pobres en comparación con los ricos, la interdependencia planetaria, la pérdida de valores y la corrupción. Este capítulo constituye un VER extraordinario del Papa sobre la realidad mundial.

En efecto, han pasado 40 años desde cuando se publicó "Populorum Progressio". Nadie puede negar que el mundo ha avanzado grandemente, tampoco se puede dejar de aceptar los pasos agigantados en la ciencia, en la tecnología, en las aventuras espaciales, en la informática y demás audacias que hoy nos sorprenden cotidianamente y que muestran una vez más la grandeza de la creación de un ser humano dispuesto a avanzar por caminos desconocidos.

Lamentablemente en ese viaje no todos llevan valores que siendo seguros garanticen que las generaciones por venir están a salvo y por ello, por lo realizado, muchos se preguntan por las posibilidades de autodestrucción latentes en cada uno de los avances de la ciencia, de la tecnología o de las nuevas dimensiones del pensar que aún no conocemos plenamente.

El mal uso de los recursos naturales coloca en evidencia la fragilidad de la creación; la erosión, el agua, el calentamiento global, el fenómeno invernal y la polución hacen pensar en que no se ha asimilado esa sabia verdad de que "Dios perdona pero la naturaleza no perdona".

La pobreza y el hambre, la inseguridad alimentaria, la inseguridad urbana, el ascenso en las migraciones anómalas, el aparejado crecimiento de la riqueza y de la pobreza y su injusta distribución, la deuda externa de los países pobres, los obstáculos para la exportación de los países en desarrollo, las deudas vigentes de los países coloniales con sus antiguos colonizados, la violación de los derechos humanos, el ascenso de la corrupción, el afán de lucro, el hedonismo reinante, el abuso de la juventud a través de la prostitución, el comercio de órganos, el afán por la riqueza fácil, el narcotráfico y el terrorismo; el descontrol de los sistemas financieros que ha puesto en jaque a las naciones y obligado a asistir a los ricos con los recursos que debían haberse dedicado a generar factores de equidad para con los pobres.

Pero eso no es todo; en la posible radiografía de la sociedad contemporánea el Papa señala una enfermedad grave y ella es una cultura equivocada frente a la vida que parece haber perdido mucho de su valor. El aborto, la eutanasia, la oposición a que la sociedad como tal piense en Dios –piénsese en la negación al derecho de la libertad religiosa– las experimentaciones que se realizan con la vida no nacida que hacen recordar aquellos experimentos que en la época nazi se realizaban y que al ser juzgados ponen en evidencia el enunciado de Rabelais que afirmaba que "ciencia sin conciencia es socavar del alma".

No es enemiga la doctrina de la Iglesia del saber ni de la investigación pero si lo es de que lo descubierto, lo encontrado lleve a la falsedad de afirmar que "todo lo que es posible es moral". Habrá que buscar que la ansiedad de los sabios y de aquellos que los incitan a superar todos los límites encuentre la serenidad debida y partiendo de lo que impone el reconocimiento de la dignidad humana, sepa discernir entre lo buscado y lo logrado y se orienten las líneas de investigación a aquellos ítems que propendan por el bienestar del ser humano.

Lo que Benedicto XVI pide con premura es que se dediquen los dirigentes y líderes del mundo a reflexionar sobre el sentido del vivir, sobre las finalidades del desarrollo y muy en especial en esta época de crisis en el sentido que la economía debe trabajar y ser pensada bajo la certeza que "los costos humanos son también costos económicos" y que todo costo económico ha de ver con la realidad que viven los seres humanos.



Cuarta línea: Fraternidad, Desarrollo Económico y Sociedad Civil

La cuarta línea se encuentra en el capítulo tercero. Está dedicado al Juzgar. Bajo el título de "Fraternidad, Desarrollo Económico y Sociedad civil".

Es clara la advertencia que se hace en el sentido que separar la economía de la ética comporta no solamente riesgos sino peligrosos resultados. Es magnífica la imagen del mercado como “lugar de encuentro entre las personas”. Pero hay condiciones para ese encuentro: para que él sea positivo y constructivo deben existir las condiciones establecidas en los capítulos anteriores a saber: la verdad en la que debe apoyarse la esperanza que significa que compartimos el optimismo de avanzar en la dignificación de la persona y de la comunidad a través del desarrollo.

Esta triada axiológica de la verdad, la caridad y la esperanza prepara para que la sociedad –llena de convicciones– comience la realización de todas aquellas formas de justicia que garantizan la convivencia entre quienes son iguales y más aún la convivencia entre quienes no siéndolo quieren adelantaren la búsqueda de la igualdad.

Surgen de aquí versiones actualizadas y mucho más comprensibles de la justicia en los niveles de la justicia conmutativa, de la justicia distributiva y de la crucial justicia social en la que debe participar la sociedad de manera decidida supliendo y dimensionando aquello que el estado no alcanza.

Este capítulo es innovador por la claridad que ofrece y porque vuelve a subir al escenario conceptos que los medios de comunicación y una intelectualidad ligera habían colocado en el olvido.

Salta entonces a la vista que la justicia es tarea del Estado y de toda la sociedad.

El mercado ha de garantizar –no únicamente– ante todo la justicia conmutativa; la política tiene como tarea principal –no única– la de avanzar hacia la justicia mediante la distribución y la sociedad ha de construir esa difícil Justicia Social que ha de dar sentido a la tarea del Estado de buscar el bien común y ha de hacerlo creando una atmósfera de solidaridad, mejor dicho la cultura de la equidad que derrote la cultura de la acumulación y del derroche, del egoísmo y del despilfarro en una sociedad signada por una solidaridad sólida, por la austeridad y por esa “gratuidad” de la que hablaba en “Centessimus Annus” Juan Pablo II al recalcar la presencia de los tres actores vinculados al desarrollo humano integral y sostenible a saber: Mercado, Estado y Sociedad Civil.

Lo auténticamente revolucionario y lo sorprendente es que el Papa Benedicto XVI asigne este imperativo de la gratuidad tanto al Mercado como al Estado.

Es claro que esta Encíclica no va a gustar a quien profese el liberalismo económico ni menos aún a quien esté vinculado a esa forma de pensar que distingue al capitalismo salvaje. La sola idea del mercado como punto de encuentro debe escucharse mal ya que tradicionalmente el mercado es un campo de batalla en donde el pobre siempre es derrotado,

“
...la **sociedad**
ha de **construir**
esa **difícil Justicia**
Social que ha
de **dar sentido**
a la **tarea del**
Estado de
buscar el **bien**
común.
”

no importa el rostro que aporte si el de trabajador, obrero, **vendedor** informal, mendigo, pensionado, migrante o excluido. La convocación que de él se hace es para ser derrotado.

Pero aquí es preciso hacer una claridad. Los antepasados en su sabiduría afirmaban que “el mal trabajador siempre culpa a la herramienta”, eso sigue siendo cierto; entonces hablamos mal del mercado y es hasta simpático si no fuera cínico ver cómo se unen a la crítica del mercado muchos de los que lo prohijan como sitio donde vienen puestas en evidencia las injusticias que cotidianamente ahondan la brecha entre ricos y pobres.

El mercado es como el machete que sirve para desherbar el campo o para cortar cabezas, la culpa de lo que se haga con él no depende de él; es por ello que no se puede- o es impreciso – hablar de economía solidaria; lo que hay son hombres y mujeres solidarios o no o comunidades de personas signadas o no por la solidaridad y por el afán de justicia.

Llegan los ecos del gran pontífice social que fuera Pablo VI quien tenía la convicción que si se hiciera funcionar al mercado con valores de justicia y de libertad la distancia entre ricos y pobres se disminuiría grandemente y se dice que se “disminuiría” porque toda la injusticia de las sociedades no depende exclusivamente del mercado sino de la calidad humana de quienes componen la sociedad.

“

*...si se hiciera
funcionar
al mercado
con valores
de justicia y
de libertad la
distancia entre
ricos y pobres
se disminuiría
grandemente...*

”

La globalización insiste siempre el Pontífice no es mala sino que constituye un desafío al que hay que responder oportunamente con creatividad desde todos los frentes y también desde la economía y es preciso que quienes de ella se ocupen tengan la certeza que toda iniciativa y toda decisión comporta consecuencias de moralidad social y personal que deben ser previstas oportunamente o si no se realizó esa prevención han de encontrarse los factores remediales que superen o ayuden a superarlos problemas.

No se trata de una sociedad que aspire a la riqueza en forma desordenada sino que aspire al desarrollo y al bienestar sin perder por una parte la convicción de poseer una hipoteca con las generaciones por venir y por otra que el bienestar también debe ser gozado

por quienes con nosotros conforman el presente de la sociedad.

Urge insistir que la calidad de vida de unos pocos no debe atentar contra la cantidad de vida de los demás. No es que se esté contra la calidad de la vida sino que esa búsqueda desafortada, permanentemente insatisfecha no debe hacerse a costa de quienes combaten a diario por la supervivencia. No se trata que Eplón coma más y deje caer más migajas sino de colocar más puestos para que el Lázaro plural de la pobreza y muchos otros puedan sentarse a la mesa.



El gran desafío es el de recrear la empresa, el de reconstruir y redimensionar la opción cooperativa y el mutualismo, opciones estas que deben desembarazarse del peso de la ideología liberal que les ha inoculado en parte orientaciones que no les son afines a su propósito solidario. Se entrega así una pauta interesante en el análisis de la Triada de los responsables del desarrollo. (Estado, mercado y sociedad civil).

Urge descubrir que una parte significativa del fenómeno de la corrupción se da cuando el Estado y el interés privado del mercado (de la Empresa) se avienen para saltar las leyes que los controlan y producir para las partes "aparentes" beneficios. Donde hay un corrupto público existe normalmente un corruptor privado (así como donde hay un corrupto nacional hay un corruptor internacional). Por lo común – a no ser que inter venga alguna faceta del autoritarismo de Estado - un "cohecho" tiene siempre dos extremos, dos responsables. Estado y mercado unidos para la corrupción son fuerzas incontrolables. Lo que hay que procurar es unirlos y vincularlos a la sociedad para hacer camino hacia el Bien Común.

Aunque no es propio de una Encíclica se percibe una huella de ironía cuando se habla de la verdad de las empresas hoy en día. Acostumbrados por la jerga empresarial y por la sindical a hablar entre propietarios y trabajadores, entre patronos y obreros se olvidó que a la conforma-

ción del espectro empresarial concurren hoy muchos más factores, más actores en el escenario.

Uno de ellos es el "manager" que ha sido colocado allí, por lo común, por los propietarios, por los dueños del capital, a quienes por lo general se les da carta blanca para que produzcan resultados. Se desarrolla a través de él un tipo de planeación por objetivos en donde el exitismo en boga está llamado a producir resultados en términos de ganancia, de crecimiento de capitales, de expansión empresarial, de traslado de empresas a otras naciones a causa de los costos reducidos de producción y el abaratamiento de la mano de obra habilitándose así una cortina protectora en donde el dueño "no está obrando mal" porque no sabe y no se cree responsable de lo que se está practicando; el manager se siente inocente porque él está haciendo sólo su trabajo y si bien recibe una remuneración por lo mismo no es él el depositario final de la ganancia.

Al Estado le interesa la corrección en el pago de impuestos pero debería igualmente interesarle el destino de una riqueza que pertenece a la sociedad donde se ha generado y que es responsable de la ocupación de la mano de obra de personas concretas frente a las cuales el capital está en débito creciente. Hoy día ni los patronos, ni los jefes sindicales se pueden reducir a buscar un diálogo entre el capital y el trabajo.

Como se ha dicho en ese escenario los personajes se han ampliado en número y en calidad a saber: el propietario del capital, el manager (administrador), los trabajadores, los proveedores, los que gerencian los intereses del medio ambiente, la sociedad civil organizada y directamente interesada en aquello que se produce. Sólo desde ahí se puede dar satisfacción a ese concepto que ha venido abriéndose difícilmente paso y que se ha denominado "balance social".

Una parte importante de este Juzgar la realidad del mundo contemporáneo y en él el del trabajo, el mercado, el capital es decir el desarrollo integral de la persona en comunidad bajo condiciones de globalización se da en una faceta de interés superior que se conoce como la cooperación internacional.

En efecto desde cuando terminó la segunda guerra mundial se fue formalizando una institución que hoy día goza de grandes opiniones de respetabilidad así existan algunos ejemplos que contradicen lo altruista de muchas de sus acciones. Se trata de la cooperación internacional. Al inicio fue el "Plan Marshall" destinado a la reconstrucción de Alemania y de otros territorios golpeados por los efectos destructores de la segunda guerra mundial.

Desde entonces –no porque no hubiera habido antes gestos de ayuda en otras oportunidades– se fue respondiendo a desastres y

necesidades con cooperación de quienes en ese momento no padecían de problemas, accidentes, pobreza y tantos más factores que despiertan la conmiseración mundial. Se institucionalizó así la cooperación entre los estados, surgieron así las fundaciones, luego las organizaciones no gubernamentales ONG y múltiples iniciativas de sociedad civil que ponen de manifiesto la fraternidad humana. (En el ámbito de la Iglesia Católica existe la Acción de Caritas, de Adveniat, Misereor, Pan para el Mundo, Tierra de Hombres, el Plan padrinos de la Iglesia de Aquisgrán con Colombia y tantas otras que habría que mencionar).

La Encíclica enaltece estas tareas pero pide que esas ayudas estén orientadas a que los países receptores "sean más", que les sirva para que, ingresando en una sana democracia fortalezcan sus instituciones, el orden público y tengan compromisos ciertos con la vida, defiendan los derechos humanos, procuren el Bien común y la búsqueda de la equidad y no acepten pervertir la bondad de su acción sosteniendo satrapías, tiranías o dictaduras malogrando así uno de los rostros más amables de la pre-globalización a la que hay que aprender a descubrirle las facetas amables y construirle aquellas que nos permitan hablar de una verdadera humanidad global de hermanos vinculados a un mismo propósito de ser dignos en la conservación y enriquecimiento del don de la vida y de la creación que Dios nos ha otorgado.



Por los caminos del compromiso

Se abre así una serie de páginas en la Encíclica que invitan a ACTUAR. No entrega el Pontífice una serie de actos a realizar ya que ellos han de darse en el campo de la gestión social, de la política, de la comunidad organizada o sociedad civil y de los grupos de presión.

La importancia de estos tres apartados finales no es otra que la solicitud del Magisterio Pontificio para entregar a los destinatarios de su Carta Encíclica criterios claros desde la perspectiva del Evangelio y por ende desde los valores cristianos, a fin de actuar en ese diálogo con el mundo donde se cumple uno de los más apasionantes capítulos de la Nueva Evangelización y de la Construcción de una Nueva Sociedad signada por la Civilización del Amor.



Criterios sobre los derechos humanos

Fue la iglesia sin lugar a dudas una de las instituciones que más insistió luego de la segunda guerra mundial por el establecimiento de la "Carta de Derechos Humanos". No se debe dejar en el olvido el aporte que desde siglos en la era moderna ya que Vittoria y Suárez dieron a la naciente verdad del reconocimiento político de los derechos humanos. Inolvidable fue también la intervención de uno de los grandes católicos del Siglo XX, Jacques Maritain, en la preparación de los documentos iniciales. Sobre todo desde el Papa Benedicto XV se fue desarrollando una especial sensibilidad y una acción decidida para avanzar en la protección del derecho a la vida en todos sus campos y en lo que respecta a lo que a ella contribuye que son igualmente convergentes pero no secundarios.

La reflexión de la Iglesia no parte de la vida por la vida misma sino que se desprende de su concepción sobre la dignidad de la persona.

Se pone en evidencia que la discusión debe comenzar por lo que se piensa de "¿Qué es la persona humana?", "¿Qué es el Hombre?". ¿Cuál es su misión o su papel en la vida? Es de allí de donde se desprende toda la gama de derechos que han encontrado tanta acogida. Arnold Gehlen lo plantea afirmando que o se cree que el hombre es criatura de un Dios o se cree que es un simio que ha tenido éxito. Como se puede entender es aquí donde está un núcleo de discusión interesante.

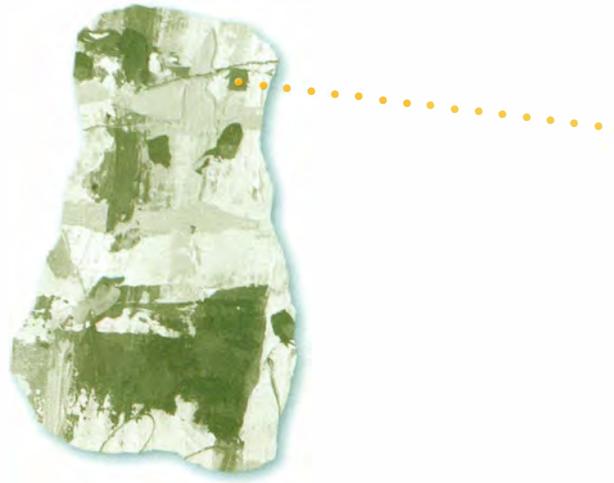
No son los animales sino el ser humano quien por alguna razón ha tenido problema en saber reconocer y respetar a sus semejantes. Afirma

Gilles Lipovetsky que un perro sabe – no importa el color o la raza, el tamaño o la figura – reconocer a otro perro sin tener el menor asomo de duda, en tanto que la historia de la humanidad ha tenido problemas en este reconocimiento de un hombre por parte de otro. Desde la época de Aristóteles se tenía esa duda. Después de concilios y de otro tipo de reuniones se llegó a la aceptación que el indio era nuestro semejante y apenas hace algunos cuantos años se logró –después de 20 siglos de sociedad post-cristiana– reconocer que en el negro hay un semejante. Hay quienes afirman igualmente que el predador más eficiente es el hombre ya que los así denominados –animales de preda– no matan de ordinario sino para alimentarse.

Ha sido la Iglesia “Maestra de Humanidad”. En nuestra época es ella la que ha iluminado de nuevo el ámbito de los derechos humanos ratificando que no hay derecho sin que haya un deber que le sea simétrico. Esto es importante ya que quien reclama un derecho está obligado a interrogarse sobre la necesidad de haber cumplido o no con el deber que le es simétrico.

Vivir en comunidad es ser sujeto de derechos y de deberes. La superación de la vieja sociedad liberal comienza a darse cuando las aristocracias, las oligarquías, las gentes que se sentían dignas de recibir todo homenaje se fueron encontrando que “los de abajo” tenían el atrevimiento de reclamar los mismos privilegios de los que ellos habían gozado hasta el momento. Es cuando al decir de alguien: la gente sin dejar de pensar en el más allá decidió pensar también en el más acá”.

No se puede impunemente abusar de nadie. Es cierto que nadie degrada a nadie si no se ha degradado antes a sí mismo afirmaba alguien que por lo visto pensaba bien.



El Papa detecta entonces lo que ya desde la época del Concilio se entreabría a la consideración del mundo: ilos derechos y los deberes son de todos! Esa convicción ha significado un avance cierto de la democracia.

Desde esta certeza ganada se debe repensar la manera de afrontar los temas básicos del destino del ser humano en este planeta porque si la respuesta es a favor del hombre como criatura de Dios, sus derechos no dependen de las leyes sino que éstas tienen en la obligación de ir poniéndolos en evidencia.

Unido a los derechos y a los deberes se aparejan los valores y bien se haría en repensar con cada generación lo que al hablar de ellos se oculta en cada enunciado, ya que las palabras son tan solo contenedores de lo que nuestra conciencia coloca en ellos. Aristides Calvani, gran pensador de la política social cristiana, afirmaba que “estamos viviendo una crisis de valores y unos valores en crisis; una crisis de civilización y una civilización en crisis”. Usamos las mismas palabras pero detrás de ellas se ocultan monstruosos intentos morales y políticos. Baste no más pensarla terminología de Hitler, de Stalin y de otros que son vergüenza para las naciones.

Entonces desde esa concepción de derechos se debe analizar el tema de la vida, del crecimiento demográfico, de las obligaciones que surgen de la fundación de una familia; de la tarea que cumple o debe cumplir la economía; de la función ética del actuar humano en donde el Papa –con la ironía de la que es a veces capaz– llama la atención sobre el inadecuado uso del término “ética” ya que ella a decir verdad no se puede fragmentar; es una sola y si lo es será siempre favorable al despliegue de las virtualidades del ser humano. No es posible fragmentar la ética pública de la privada; es impropio hablar de una ética empresarial; la ética rige en todo y obliga en toda circunstancia.

Otro tema en el que llama la atención el Pontífice es aquel de las vigentes “sociedades sin ánimo de lucro”. Definitivamente en este escrutinio de la realidad contemporánea él es meticoloso. Vale la pena anotar que el pensamiento magisterial llama a superar viejas categorías con las que se clasificaba a las empresas como empresas con ánimo o sin ánimo de lucro. Esta superación se da cuando las sociedades – básicamente la internacional – comienza a despertar a la conciencia de sus deberes sociales.

Para los economistas y administradores este capítulo, en especial los números 46 y 47, es iluminador en el sentido de la nueva clasificación que se ofrece y se analiza: entre aquellas empresas que trabajan y cuidan de orientar recursos para los países pobres; las empresas de grande significación nacional y mundial que se hacen presentes a través de fundaciones y que deben ser vistas con un hondo discernimiento y las empresas que tienen un objetivo de utilidad social.

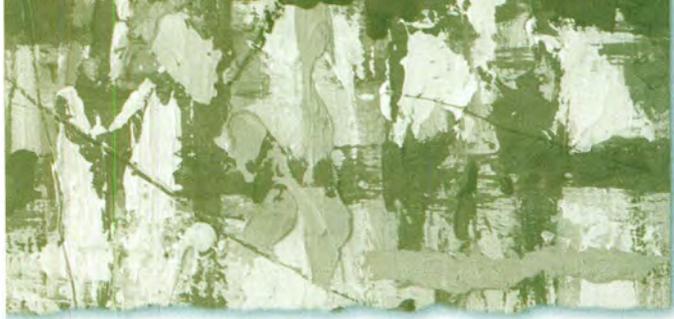
En todas estas empresas ha de tenerse en cuenta la participación de aquellos a los que



se pretende beneficiar si se quiere sinceramente promover el protagonismo de quienes han de asumir progresivamente las riendas de su propio desarrollo a fin de que las tareas realizadas dejen sobre el escenario actores surgidos de los sectores que han recibido lo mejor de la ayuda y es la capacidad de aprender a generar empleo, riqueza y participación. Esto hay que buscarlo de esa manera a fin de que cuando quienes ayudaban hayan de retirarse queden realidades gestionadas por la comunidad que mire con certeza el futuro y no con la nostalgia de la ayuda ya terminada.

Es magnífica la justipreciación de “Caritas in Veritate” sobre la cooperación internacional. “Burocráticas” es el pecado con que las señala alguien que las conoce bien. “Transparencia” es la exigencia que les coloca en el deber ser. Lo hace porque no hay claridad plena - en muchos casos - de la transparencia de los fondos que a nombre de gentes de buena voluntad y generosidad de los países desarrollados se ponen a disposición de los países ayudados para superar la pobreza, el hambre, o alguna situación de catástrofe o calamidad significativa.

El caso ha sido tan patético que el Papa se ha tomado el trabajo de ponerlo en evidencia. En efecto, solamente una parte de la ayuda asignada originalmente llega a su destino ya que buena parte de ella se dedica a la burocracia que la administra en el país donante o en el sostenimiento de los enviados a administrarlos en



los países donde reina la necesidad o se hace evidente el interés. Eso ha hecho imposible dejar en manos de los nacionales la gerencia de los proyectos muchas veces con la afirmación de la deficiente honradez de quien administra recursos desde la pobreza, ignorando que la tentación al despilfarro y al desvío de esos recursos se da ya en quien recorta la solidaridad anunciada y la dedica para el sostenimiento de quienes no requieren la ayuda.

Más grave aún cuando se da el acuerdo para entroncar en los proyectos internacionales a familias de "pro" del país ayudado. Insta igualmente el Papa a la transparencia de los contenidos de las tareas de formación que esos proyectos traen consigo porque no son pocas las evidencias de grandes condicionamientos ligados a propósitos vinculados a lo que se llama eufemísticamente "salud reproductiva" o "control natal" – por ejemplo – de atentados contra la "vida no nacida" y otros ítems orientados hacia la explotación de la naturaleza, la biodiversidad, el asunto de las patentes, así como en la política la canalización de la opinión en provecho de algunos objetivos políticos internacionales.

Afronta luego el Pontífice el asunto del medio ambiente. Si bien no la denomina así – teología de la Ecología – advierte en esta toma de posición que para ir a un diálogo constructivo con el mundo hay que tener la certeza que esta naturaleza es creatura de Dios y que el ser humano ha de cuidar de ese precioso don que es

su habitat porque también lo será de las generaciones futuras. Sobre ella tenemos un "Juxutendis no un Juxabutendis", somos Señores (Dominus) pero para servirla – "guardarla y cultivarla" dice el génesis y enriquecerla y no para poner en evidencia la degradación del término en el sentido de "dominio", de "dominador" que tienen un valor peyorativo mediante el cual el humano se ha permitido la depredación y el aniquilamiento.

Hay que ponerle cuidado a la naturaleza que sufre patologías que han de ser atendidas con urgencia como son aquellas vinculadas a la energía, al agua y a la limpieza del aire.

Parece –sin citación alguna pero es evidente– que el Papa mantiene presentes los textos de los grandes informes de Naciones Unidas como son el "informe Norte-Sur" "Ser Más", "Nuestro futuro común", el "Informe de la Cumbre de la Tierra" y los anuales "informes sobre el desarrollo humano" que contienen los datos básicos para medir la salud del planeta y de quienes lo habitan.

El gran texto del libro-documento "Nuestro futuro común" señala la idea básica del "Desarrollo sostenible" al que la Doctrina social de la Iglesia completó con el tema de "desarrollo integral sostenible" o "Desarrollo humano sostenible". Se señala que pese a todos los problemas la salud precaria del planeta nos ofrece la posibilidad de la verdadera cooperación entre aquellos países que se han desarrollado a costa de los recursos naturales depredados por el afán de riqueza y los países pobres, en buena proporción todavía bien dotados de recursos naturales, pero que corren el peligro de ser depredados por el asalto de las naciones ricas o por el enorme número de pobres que están obligados a quemarlos para sobrevivir si no se les pone a disposición otra alternativa.



Por ello se convoca a los países desarrollados a limitar el uso de las fuentes de energía y de los recursos naturales; a invertir en conservación y enriquecimiento de naturaleza y a reducir significativamente las cuotas auto-establecidas de contaminación, cuotas que deben urgentemente descender antes que sea demasiado tarde como advierte el “informe Gore”.

Es preciso orientar la investigación hacia el descubrimiento de fuentes alternativas de energía y a cooperar con los países pobres en la “sana utilización” de los recursos naturales mediante la aplicación de tecnologías limpias que no degraden el medio ambiente; así mismo ha de propenderse por la política desafiante que propone la carta de la redistribución planetaria de los recursos energéticos.

La ecología y la economía no son disciplinas divergentes sino complementarias; ambas tienen en común la misma raíz OIKOS que significa la CASA. La ecología es el cuidado de esa casa del hombre y la economía su administración. Por ello el Papa habla de una alianza indisoluble entre el ser humano y el medio ambiente. Por ello ha asumido un viejo concepto desarrollado por los científicos sociales en los años 30 y que fue trabajado muy a fondo por la Doctora Uta Köhler en Colombia, aquel de “Ecología Humana” hoy tan caro al Pontífice y que se ha venido posicionando en el magisterio como una clave del pensamiento social cristiano.

Se pide igualmente, en la Carta, emprender acciones significativas para ir logrando avances en la “globalización de la Conciencia”. Esa tarea es urgente porque en verdad “la tierra está en peligro” ya que al decir de Michael Walsh “podemos vivir sin alimento durante semanas e incluso meses; sin agua tan solo unos días, pero unos pocos minutos sin aire pueden acabar con la existencia”.

Crterios sobre los actores: la familia humana

Bien sabe el Pontífice que los actores del cambio no son otros que los seres humanos que habitando el planeta sufren de las consecuencias de sus errores o del positivo influjo de sus aciertos. A esos actores dedica el Capítulo 5 de su carta. Y lo hace porque tenemos que trabajar en el cambio como una familia humana.

Y es que el actor, el que debe comprometerse en las acciones conducentes a crear un mundo mejor –todavía en los términos que lo proponía el Padre Lombardi– está enfermo.

“El mundo se encuentra en un lamentable vacío de ideas” (pp. 85). El ser humano en medio de la multitud se siente solo. Los medios de comunicación, destinados a unir, separan y llega a darse el sub-real momento de las comunicaciones en donde las gentes se comunican por los teléfonos inalámbricos pero enmudecen cuando se encuentran frente a frente. Y fuera de esta soledad –esa que recuerda la premonitoria Rebelión de las Masas de Ortega y Gasset– está la soledad de Dios que fue la compañía del ser humano durante tantos siglos y que ahora parece estar vigente ante la transitoria autosuficiencia del ser humano de esta era de la información.

La persona humana se realiza en medio de las relaciones interpersonales. Duele al ser humano ser tratado como “alguien que importa” cuando de él se necesita y tener la dura experiencia de ser enviado al olvido cuando ya no es necesario su concurso. “Amigo cuanto tienes tanto vales” dice una canción popular que resume la crisis de una antropología que ha centrado el abusivo aprovechamiento del otro como base de las relaciones humanas.

Por ello ha surgido la desconfianza y esa sensación de desasosiego ante esos amigos que están dispuestos a relacionarse con los otros sólo en razón de su importancia y de la personal utilidad que de ella puedan acumular.

Recuerda el Papa Benedicto que somos una sola familia humana llamada a construir la verdad y la justicia en solidaridad. Somos un mismo género humano –hijos todos del mismo Dios– y hemos de trabajar a fondo en lograr un desarrollo integral, lo que nos obliga a derribar muros y superar dificultades. Aún en el terreno de la cooperación entre las religiones, el propósito de buscar el desarrollo y la conservación del planeta, de garantizar la supervivencia de todos y de cada uno al tiempo que de trabajar para superar la pobreza debe haber acuerdo. Ese es el criterio de la “Caridad” que es la de Cristo que **debe** acicatearnos a todos para actuar.

Es un imperativo religioso unirnos para servir al prójimo, para darle razones a la existencia y por ello se ha de reclamar de modo permanente y para todas las opciones religiosas no intoxicadas con finalidades fundamentalistas el uso y beneficio de la libertad religiosa porque es en la sincera búsqueda de Dios donde se encuentran verdaderamente las personas.

Una adecuada relación entre el Estado y la Religión es urgente definirla en esta época de preten-

“

Es un

imperativo
religioso
unirnos *para*
servir
al prójimo,
para darle
razones *a la*
existencia...

”

siones globales. La democracia, para sostenerse, debe tener un punto de referencia universal de orden moral que no pueda ser variado por las mayorías móviles de los ciudadanos sometidos al bombardeo permanente de los medios de comunicación, de la publicidad y de la propaganda que están en manos siempre de unos pocos que buscan permanentemente convertir “verdades fundamentales” y las instituciones que dicen representarlas en instrumento de dominio.

Por ello en toda sociedad y en toda democracia es preciso interrogar por aquellas verdades que son inamovibles y que constituyen esos “artículos pétreos” de una carta constitucional que son intocables. ¿Qué es lo que compartimos, qué nos une? Esa es la pregunta básica.

Luego pueden comenzar la libertad, el respeto por la diferencia y aún la tolerancia. Esta es una de las razones por las cuales el estado no puede impedir la libertad religiosa ni promover desde sí mismo la indiferencia o el ateísmo práctico porque por lo común las ideas que unen a los seres humanos se han dado por lo común en el ámbito de lo religioso.

La laicidad del Estado no significa ni enemistad, ni indiferencia, ni desprecio por la libertad religiosa. Muy al contrario, debe estar abierto al diálogo con ellas a sabiendas que son sostenedoras no de opciones partidistas concretas sino de los fundamentos de la vida social y del Estado. Un estado basado en la verdad

fundamental de la dignidad eminente de la persona humana buscará la verdad y la justicia, ejercerá la defensa radical de la vida, tomará la promoción de la solidaridad como motivo de encuentro con los ciudadanos y la subsidiariedad como instrumento de promoción y de equilibrio. Al mismo tiempo ese Estado ha de encontrar en el ámbito religioso un permanente interlocutor para que las finalidades de la vida social no deriven hacia la autodestrucción o el empobrecimiento en un mundo que requiere de audacias capaces de renovar permanentemente los valores fundamentales frente a los avances de la inteligencia humana.

Y es obvio que las religiones han de encontrar en el Estado el mismo servicio de diálogo crítico para evitar - en medio de la degradación de lo religioso que se ha venido presentando - que se empobrezca la alternativa de lo trascendente que actúa como un acicate para ser responsables de la construcción de un mundo nuevo. Desde el Pontificio Consejo para la Doctrina de la Fe "el entonces Cardenal Ratzinger afirmaba que "existen formas de religión degeneradas y morbosas que no construyen al hombre, sino que lo alienan" y es tarea del Estado estar atento en el discurrir de ese fenómeno de degradación para ponerlo en evidencia y evitar la contaminación del fenómeno religioso que es donde se dan en mayor pureza el sentido de la Fe, de la Esperanza y de la Solidaridad. Es importante en la Encíclica "Caritas in Veritate" trabajar a fondo los #s. 55 y 56 con la afirmación de la relación entre Razón y Fe que han de actuar purificándose la una a la otra.



Claramente hablando se requiere que "Dios tenga un lugar en la esfera pública, con específica referencia a la dimensión cultural social, económica, y en particular política" y así lo afirma sin corta pisas el Papa: "La negación del derecho a profesar públicamente la propia religión y a trabajar para que las verdades de la fe inspiren también la vida pública, tiene consecuencias negativas sobre el verdadero desarrollo".

Esto no quiere decir que las personas vinculadas a la promoción de lo religioso escapen del sometimiento ciudadano a las leyes de cada sociedad y al cumplimiento y exigencia de cumplimiento de los acuerdos logrados válidamente entre las iglesias y los estados.

En este discurrir por la salud de la familia humana señala la encíclica las lacras que hay que eliminar con urgencia como aquella del turismo sexual y de los problemas acuciantes, como la migración y las dificultades hondas como el desempleo y el trabajo precario.

Aporta igualmente la encíclica una palabra de ánimo para que los sindicatos encuentren de nuevo su camino distinguiendo claramente entre la acción sindical y la acción política de orden partidista. Llama a la creatividad del mundo económico en especial de los agentes financieros que han de cuidarse de favorecer a los demandantes del micro-crédito que es una de las formas concretas del desarrollo y de la supervivencia y a la sociedad civil señalándoles la riqueza aún no puesta a prueba suficientemente de los consumidores unidos en la orientación y en el encauzamiento del fenómeno económico.

Una toma de posición de mayor envergadura la da Benedicto XVI de la mano de Juan XXIII reclamando la eficacia, organización, fortalecimiento y libertad de la autoridad mundial constituida por la Organización de las Naciones Unidas que ha de orientar y hacer converger esfuerzos en la realización del Bien Común Universal poniendo en evidencia esa gran idea que expresa en la práctica “un grado superior de ordenamiento internacional de tipo subsidiario”.



Los instrumentos materiales del Cambio

Llama la atención que en esta Encíclica se escriba un capítulo especial dedicado a la verdad de la Técnica en el desarrollo de los pueblos.

Se trata de rescatarle a la técnica el papel que le corresponde en la tarea de “cultivar y custodiar la tierra”, mensaje este contenido en el Libro del Génesis en su capítulo segundo. Se señala que hay un cambio significativo en el desarrollo mental del ser humano donde es preciso mostrar que se encuentra hoy día lelo de su propia inteligencia porque cree haber llegado a las orillas del infinito. Las actuales generaciones vinculadas al propósito de gozar la vida ya que en términos concretos se resisten en buena parte a creer en la vida eterna ya no se preguntan por el “Por qué” y sólo se indagan por el “Cómo”.

Hay mucha gente dotada de inteligencia instrumental –pragmática se dice hoy–, tienen sentimientos ocasionales y casi siempre vinculados a intereses en torno a la adquisición de lo que

les pueda satisfacer en el momento ocurrido lo cual cambian de afectos, de puntos de referencia y se hacen a la conquista de nuevos benefactores que les permita avanzar en el gozo del vivir.

En cuanto a la técnica, se señala el peligro de convertirla en una ideología; en efecto la satisfacción de hoy es la del mañana porque la novedad –parte significativa de esa ideología– condena al mes siguiente a la nostalgia de no poder estar al día.

De la misma manera son pocas las personas que se interrogan sobre la verdad porque ese criterio ha sido sustituido por el de la “Factibilidad”. Se maneja el criterio de que si es factible es verdadero lo cual implica aceptar un principio de auto-destrucción de todo lo viviente. Una ética así es imposible.

Es una sociedad en donde – como se decía anteriormente – hay una enorme confusión entre los fines y los medios. Se da una sociedad maquiavélica cuando se piensa que todo es lícito para llegar a adquirir algo que sea bueno o deseable. Pero la corrupción es mucho más grande y preocupante cuando se anhela como bueno lo que a todas luces es pernicioso o malo, es la “corrupción de los fines” la que lenta pero decididamente se está tomando a ciertos sectores de poder en la sociedad contemporánea.

Y entre la técnica no deja en el olvido a los medios de comunicación, responsables en buena parte tanto de excelentes realidades como de aquellos factores que atentan contra la concientización de las personas y de las comunidades.

De ellos se espera que superen la tarea tradicional de la información casi siempre recortada e ideologizada y puesta al servicio de intereses lejanos del bien común y del ascenso del ser humano a cotas más significativas de humanización. Han de ser puestos los medios al servicio de la libertad y no de recortarla estableciendo condicionamientos insuperables. Es legítimo a los medios de información tratar de formar la opinión pública pero no deben dejar de lado la expresión de la opinión del público que por lo común trata de abrirse paso – inútilmente – a la comunidad.

Llama finalmente el Pontífice a reflexionar nuevamente sobre la Bio-ética a fin de que se pueda responder a la preocupación que Pablo VI tuvo sobre la cuestión social que estaba convirtiéndose progresivamente en una cuestión antropológica. La paradoja es que estas investigaciones sobre la vida conducen en muchos casos a la configuración de una auténtica “cultura de la muerte”; con la fecundación in Vitro, la investigación en los embriones, la hibridación humana; las posibilidades de clonación, la posibilidad de la planeación eugenésica de los nacimientos, la mentalidad eutanásica que trata de ambientar la falsa conciencia que cuando ya no se produce la vida sobra y las posibilidades de clonación se han asomado los seres humanos apenas a la orilla del misterio pero habiendo perdido la conciencia y “haciéndose incapaces de reconocer lo humano”.

A manera de conclusión

1. Hay al final de la Encíclica una dolorosa constatación que retrata claramente el mundo contemporáneo compuesto en buena parte por personas “dispuestas a escandalizarse por cosas secundarias que parecen estar dispuestas a tolerar injusticias inauditas”.
2. El problema del desarrollo está estrechamente relacionado con el concepto que tengamos del alma del hombre... y debe abarcar además de un progreso material uno espiritual porque el hombre es uno en cuerpo y alma.
3. Sin Dios el ser humano no sabe dónde ir ni tampoco logra entender quién es.
4. El humanismo que excluye a Dios es un humanismo inhumano.
5. Tan sólo se llegará a alcanzar el desarrollo integral cuando aceptemos ser animados por la fuerza impulsora de la caridad en la verdad.

Estas conclusiones tomadas de la encíclica “Caritas in Veritate” impulsan a pensar en que no es fácil la tarea de construir una Nueva Sociedad y que el desafío es inmenso pero por ello vale la pena ser aceptado.

Esperamos que los lectores de la Encíclica sean muchos, que sean todos los que la piensen y mediten porque ella enriquece el pensar de esta universidad que aspira ser pregonera de la construcción de una Nueva Sociedad y ser animadora protagónica de la Nueva Evangelización –que junto a nuestro Rector ha venido a pregonar el Arzobispo Fisichella como Presidente del Pontificio Consejo para la Nueva Evangelización– que es esa Buena Nueva que nos llevará a construir sólidamente en Colombia un reino de justicia, de amor y de paz.

